

ción es semejante á los avances de la tormenta: la formación de ésta en las regiones superiores de la atmósfera es lenta y fatigosa: apenas si se perciben sus movimientos; pero en cada pié de su marcha hacia el zenit, acrece su rapidez, que á poco adquiere la fuerza de una carrera tan violenta y potente que no hay obstáculo posible para su paso. El General Díaz dió ya el primer impulso al movimiento educacional y civilizador de las masas del pueblo en México, cuya rapidez creciente, de año en año, llegará pronto á ser como la de la tormenta, irresistible; y yo creo que muchos de los que estamos aquí reunidos en esta noche, alcanzaremos la época en que México haya conquistado su prominente puesto entre las naciones civilizadas de la tierra.

No pretendo que lo que dejo dicho haya sido la obra de un solo hombre, pues que DIAZ, para llevarla á cabo, ha contado con la cooperación general del pueblo mexicano y con la especial ayuda de muchos de sus más prominentes compatriotas, entre los cuales, como uno de los más aptos y esclarecidos, figura el Sr. D. Matías Romero, Ministro de México en los Estados Unidos y nuestro distinguido huésped esta noche. (*Aplausos.*) Pero sí afirmaré que, durante los últimos quince años, no ha habido sobre la faz de la tierra un hombre, llámese rey ó czar, jefe de una monarquía ó de una república, cuya personalidad haya sido tan conspicua, cuya influencia individual se haya hecho sentir tanto, y á quien le haya sido posible realizar en tan corto tiempo una obra tan benéfica, como PORFIRIO DIAZ. De este hombre, pues, es de quien, más que de ningún otro ser viviente, puede decirse que es el «CREADOR DE UNA NACION.» (*Aplausos prolongados.*)

En mi discurso de esta noche he hecho la comparación de la aptitud del inglés y el español para colonizar y civilizar; pero creo que cometería una injusticia para con México, si no adujera otra comparación, de la que resulta un grande mérito de esa nación.

Nuestra declaración de Independencia fué promulgada en 1776, y fué redactada por TOMAS JEFFERSON. En el borrador de ese documento se halla escrita una protesta en contra de la esclavitud; pero la Convención la hizo borrar. La declaración pues, como quedó definitivamente adoptada, fué una proclamación de *libertad*, pero sólo de la del hombre blanco; y en la Constitución que adoptamos en 1789 quedó formalmente consignada como una de nuestras instituciones legales la *esclavitud*, y además una prescripción que hacía imposible la abolición de la trata de esclavos, durante un plazo de más de veinte años después.

El primer Congreso mexicano reunido en Chilpancingo, el 14 de Septiembre de 1813 y el cual hizo la declaración de la Independencia de México, en la misma acta de aquella decretó la *Emancipación de los esclavos*.

Cuarenta y cuatro años después, en 1857, consumado el triunfo del partido liberal bajo la dirección de JUAREZ y DIAZ, la asamblea de los representantes del pueblo de México promulgó una Constitución más progresista que la que tenían, y más adecuada á

las nuevas condiciones del país y al espíritu de los tiempos. El artículo 20 de dicha Constitución es el siguiente:

“En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran por ese solo hecho su libertad, y tienen derecho á la protección de las leyes.”

Esto tenía lugar seis años antes que ABRAHAM LINCOLN se atreviese, por vía de medida de guerra, á expedir su proclamación de la emancipación de los esclavos, y ocho años antes que nuestra Constitución fuese reformada, declarando *la esclavitud*, ilegal: y cual de los presentes no recuerda el cúmulo de sufrimientos, dolores, luchas y desesperación que esos ocho años representan?

México tuvo la sabiduría, previsión, abnegación y patriotismo suficientes para desde luego, y en su primera declaración de Independencia, así como en su primitiva Constitución, proclamar ese precepto de libertad, que á nuestra nación costara torrentes de sangre y tan ingentes tesoros.

Cuando los futuros historiadores escriban la historia de las naciones de Norte-América, adjudicarán á la nuestra en muchos puntos de comparación los méritos de una vasta superioridad sobre muchas otras: pero si los que corresponden á ambas Repúblicas y á los cuales he venido haciendo esta noche referencia, hubieran de ser discernidos, mediante la comparación de nuestra declaración de Independencia en 1776 con la de México en 1813, y la de nuestra Constitución, en 1779, con la de 1857 de la República Mexicana, ciertamente nuestra patria tendrá que ocupar con tal motivo un segundo lugar.

México esperó treinta y siete años más que nosotros para declarar su Independencia, pero yo me inclino á creer que la *abolición* de la esclavitud que insertó en tal declaración, bien valía la pena de esa dilación: y si para adoptar su Constitución liberal, base de su actual organización, tardó también respecto de nosotros un plazo de sesenta y ocho años, barrunto que el *artículo segundo* que en ella introdujo y que acabo de citar, fué sobrada compensación de tal demora.

Nuestro distinguido huésped en esta noche puede pues muy bien decir de su DIAZ, lo que nosotros no podemos decir de nuestro WASHINGTON, que es no solo el “CREADOR de una NACION” sino también el “CREADOR de una NACION” *que jamás tuvo esclavos.* (*Aplausos prolongados.*)

El porvenir de México y las relaciones con los Estados Unidos.

DISCURSO POR MATIAS ROMERO.

SEÑOR LOGAN:

SEÑORES:

Muy sinceramente os agradezco esta demostración tan significativa como placentera, en la que se ha tratado tan bondadosamente á los amigos de México. Ha sido el propósito de mi vida, estable-

cer y cimentar las más amistosas y cordiales relaciones entre las dos grandes repúblicas del hemisferio occidental, y me es siempre satisfactoria cualquiera demostración que, como la presente, tienda á producir resultado tan apetecido. En este caso me siento especialmente complacido, porque se me ha dado la oportunidad de reunirme con tantos de los más distinguidos habitantes de esta ciudad, metrópoli de la más grande república del mundo, destinada á ejercer una influencia decisiva en la suerte del género humano.

Aunque mi participación en este banquete, como uno de los amigos de México á quienes se ha ofrecido, no es un cumplimiento á mi persona, sino debida al carácter oficial que tengo de representante diplomático de mi país ante el gobierno de los Estados Unidos, aprecio en todo su valor la bondadosa significación de esta fiesta, y doy las más sinceras gracias á su promotor, nuestro amable anfitrión, y á todos los caballeros que han tenido la bondad de honrarnos con su presencia.

Espero se me permita, en una fiesta mexicana, expresar algunos conceptos respecto del porvenir de mi país en relación con los Estados Unidos. Todos vosotros sabéis, señores, que la riqueza de México es verdaderamente asombrosa. Tiene todos los climas de la tierra, desde el hielo de los polos, en sus montañas cubiertas perpetuamente de nieve, hasta el calor ecuatorial en sus tierras calientes, y puede producir, por lo mismo, todos los frutos del mundo. Por sí sola puede abastecer México de todo el café, azúcar, vainilla, hule y otros frutos tropicales necesarios en el gran mercado de los Estados Unidos. Su riqueza mineral es igualmente ilimitada. México ha producido dos terceras partes de toda la plata que existe en el mundo, y puede decirse que sus minas apenas han sido comenzadas á explotar. Sus montañas contienen no solamente plata, sino oro, cobre, plomo, estaño, cinabrio y toda clase de metales. Tenemos también grandes criaderos de carbón que se están descubriendo actualmente, aunque sólo uno ha comenzado á explotarse. La configuración del país, atravesado por sierras altas y escarpadas que llegan casi hasta el mar, al paso que nos priva de grandes ríos navegables por alguna extensión, nos proporciona millares de torrentes que en su descenso rápido de las montañas al mar, ofrecen una inmensa cantidad de potencia hidráulica, que con el tiempo hará de México una de las principales naciones manufactureras del mundo. La Providencia nos ha favorecido abundantemente por lo que hace á elementos naturales de riqueza, pues tenemos todo lo que una Nación puede necesitar para bastarse á sí misma. Todo lo que necesitamos es paz y un Gobierno justo y patriótico, deseoso de facilitar el desarrollo del país. Creo que hemos establecido de una manera permanente el primero de esos bienes y que gozamos ya del segundo por completo.

La Naturaleza nos ha hecho vecinos, al colocar á nuestros respectivos países en contigüidad el uno del otro por una distancia de cerca de dos mil millas; nuestros ferrocarriles están unidos y hacen prácticamente una sola de las dos naciones, por lo que toca á las comunica-

ciones. No tenemos barreras naturales para el comercio, siendo las que existen del todo artificiales. Aunque los elementos de riqueza de México son inmensos, no es todavía una nación manufacturera, en la extensión completa de esta palabra, porque sus recursos no están aún desarrollados.

Producimos frutos tropicales, especialmente materias primas, que se requieren aquí como alimento de las grandes industrias manufactureras; y á la vez necesitamos muchos de los artículos que se producen en este país. No hay razón, por lo mismo, para que no tengamos un tráfico importante y mutuamente ventajoso. Hoy mismo, sin embargo de las barreras artificiales que existen en la frontera, más del 80 por ciento de nuestras exportaciones viene á los Estados Unidos, y tomamos de este país cerca del 60 por ciento de nuestras importaciones; y no dudo que con un estímulo conveniente y removiendo algún tanto las barreras actuales, el tráfico se duplicará ó triplicará antes de muchos años. El desarrollo del tráfico no solamente aumentará los negocios, sino también las relaciones sociales entre nuestros respectivos países. El capital, la sagacidad y la energía de los hombres de negocios de los Estados Unidos, encontrarán un campo amplio y lucrativo en las empresas mexicanas.

Se ha dudado alguna vez de la estabilidad del Gobierno mexicano, en vista de nuestros trastornos políticos anteriores; pero es claro, en mi concepto, que como esos trastornos tuvieron una razón de ser, que ha desaparecido ya casi por completo, no hay peligro de que renazcan. Durante la dominación española en México, que duró trescientos años, la Iglesia, aliada al Trono, tenía una influencia decisiva así moral como material. Cuando se proclamó la independencia de México, en 1810 por un miembro del clero bajo, Hidalgo, fué resistida por el clero, la aristocracia y los españoles, y con enemigos tan poderosos no podía avanzar gran cosa. Cuando en 1821 las Cortes Españolas adoptaron algunas medidas liberales que alarmaron á los elementos conservadores de México, el clero creyó que sus intereses estarían mejor protegidos, teniendo un Gobierno propio, que dependiendo de la Corte de Madrid, y se unió á los pocos patriotas que permanecían con las armas en la mano. Con su ayuda, la independencia se consumó sin derramamiento de sangre, lo cual demuestra la gran influencia que ejercía el clero en México. Como el éxito se debió á la adhesión del partido conservador á la causa de la independencia, era natural que ese partido formara el nuevo Gobierno, y el resultado fué el Imperio transitorio de Iturbide. Pero entonces comenzó la lucha entre los elementos liberales y progresistas por una parte y el partido conservador por la otra, que terminó con la intervención francesa, apoyada por este partido, y ella coincidió con la guerra civil en los Estados Unidos.

La derrota de la intervención puso término á la lucha armada del clero por obtener la supremacía política en México. No parecerá extraño que esa lucha durara cerca de cincuenta años, si se tiene en cuenta que México pasó durante ese período por una evolución

completa tanto social como política, y que en algunos países de Europa cambios semejantes han requerido el transcurso de siglos y el derramamiento de torrentes de sangre humana. Los Estados Unidos que son un país modelo, pues comenzaron su vida nacional bajo los mejores auspicios y la han continuado con un éxito extraordinario, tuvieron en la esclavitud la semilla de trastornos futuros; y sin embargo de que esa institución afectaba tan sólo los intereses materiales de sus tenedores, no pudieron librarse de ese virus, sino por medio de la más desastrosa guerra civil que se ha visto en el mundo y que duró por varios años. Pero el poder del clero ha sido ya completamente destruido en México, llevándose así al cabo la evolución favorable á las ideas liberales y progresistas, y no existe ahora allí más peligro de trastornos políticos que el que puede haber en este país ó en cualquiera de las naciones más antiguas de Europa, en donde la estabilidad se considere como un hecho asegurado. Además, los medios rápidos de comunicación que ofrecen las líneas telegráficas y las vías férreas, y el establecimiento del crédito del país, proporcionan al gobierno medios eficaces, de que antes estaba privado, para sofocar en su cuna cualquier levantamiento.

Los hombres de negocios de las naciones europeas comprendieron así la situación, supuesto que durante los últimos quince años han invertido grandes cantidades de dinero en empresas mexicanas, y hasta ahora con provecho para ellos y ventajas para el país, que necesita capital para el desarrollo de sus inmensos elementos de riqueza. Ciudadanos de este país han invertido igualmente grandes capitales en México, como lo demuestran las tres vías férreas troncales que están en explotación actualmente, y que ponen en comunicación á México con el gran sistema ferrocarrilero de los Estados Unidos, viniendo á ser de hecho una extensión de este sistema, y han invertido, además, dinero en un gran número de empresas mineras, prefiriendo las minas antiguas que habían sido abandonadas. Algunas veces me ha parecido que los capitalistas europeos prefieren que sus empresas mexicanas aparezcan á nombre de ciudadanos de los Estados Unidos, tal vez porque crean—no sé con qué razón—que sus intereses estén mejor protegidos de esa manera. Toda persona, cualquiera que sea su nacionalidad, que invierta capital en México, lo tiene, en mi concepto, perfectamente asegurado. Las vías férreas mencionadas y otras varias que están ya concluidas ó construyéndose, han dependido en gran parte del capital extranjero y especialmente del inglés, porque siendo el dinero tan abundante en Inglaterra, es más fácil encontrarlo allí que en otra parte, para empresas que requieren un capital considerable, lo que se demuestra con el hecho de que varias de las principales vías férreas de este país, han sido construidas con fondos ingleses.

Cuando llegue á poblarse por completo el vasto territorio de los Estados Unidos y sea difícil encontrar campo para las empresas lucrativas,—y en mi concepto antes de mucho estará este país tan poblado como la Europa,—el capital que esta nación está acumulando tan rápidamente y su espíritu de empresa, tendrán que buscar

un nuevo teatro. Sería un acto de previsión ocupar desde luego el ancho campo que á las puertas de los Estados Unidos ofrece México. Deseo sinceramente que sea aprovechada esta buena oportunidad y que nuestros mutuos esfuerzos den por resultado, ventajas recíprocas para los dos países, pues no creo que lo que favorezca sólomente á uno de los interesados pueda ser satisfactorio y permanente; y que como final de estos esfuerzos nazcan nuevos lazos de cordialidad, buena amistad y mutuo provecho entre los ciudadanos de estas dos grandes Repúblicas, que las hagan amigas perdurables y sinceras, fortaleciendo así su respectiva posición en la familia de las naciones, á condición de conservar cada una su propia nacionalidad. Mi ambición se verá del todo satisfecha, si llego á presenciar tan apetecible resultado.

LA CONQUISTA ESPAÑOLA EN AMÉRICA.

(POR MR. JOHN FISKE.)

Señores:

No creo necesitar decirles cuán grato es para mí el hallarme en esta agradable reunión, y saludar á nuestro distinguido huésped.

Nunca he tenido la buena fortuna de visitar el bello país, cuya representación desempeña para con nosotros; ni tampoco he tenido oportunidad de adquirir conocimiento, salvo de un modo muy superficial, de los hechos contemporáneos que, concernientes á la República Mexicana, nos interesan más de cerca, ni de las relaciones que con esta sustentamos, y que de día en día se hacen más íntimas y cordiales. Me encuentro pues aquí en la actitud del que necesita aprender y ser instruido, y precisamente por tal motivo, así como por mi ardiente deseo de escuchar lo que en esta ocasión haya de decirse sobre varios temas, no ocuparé por mi parte mucho tiempo vuestra atención.

Al designarme el tema de mi alocución, nuestro Presidente ha tenido la bondad de tener presente la circunstancia de haberme yo dedicado por tanto tiempo al estudio de las crónicas, informes y otros documentos originales relativos á los siglos XV y XVI, al punto de crearme yo incompetente para otras materias: y en consecuencia, me ha invitado á decir algo sobre la conquista de España en América, y dar así cabida en nuestra reunión á cierta atmósfera de antigüedad.

Muchos son los puntos de vista bajo los cuales la narración de los fastos de las conquistas de España en América pueda ser considerada como un tema envejecido y gastado; pero como nuestro peculiar modo de verla cambia sus condiciones de siglo en siglo, no hay en tal narración parte alguna, que por trillada que haya sido, no merezca un nuevo estudio, y cuyos incidentes puedan jamás perder su atractivo fascinador para un espíritu estudioso. Entre to-

dos los capítulos de la Historia del género humano, ninguno tan rico en hechos sorprendentes y románticos.

En vano se buscará en los anales de nuestra propia raza, un episodio más magnífico de "caballería andante" que la destrucción de la Confederación Azteca por Cortés, acompañado de un puñado de secuaces cubiertos de malla: en ninguna otra crónica podrá encontrarse un ejemplo de sobrenatural sufrimiento, como el que marcó la expedición de Gonzalo Pizarro al Amazonas, y su vuelta á Quito; y cuando se traen á la memoria las aventuras del franco y afable Balboa, no se debilita un sólo instante el intenso interés que despiertan, así como al pensar en el naufragio de Colón en las costas de Jamaica, en donde su cruel enemigo, el malévolo Obando, lo redujo durante un año á todos los tormentos de la más terrible miseria, sin que nadie osara levantar una mano caritativa, vuelven á sentirse intensos impulsos de indignación.

Ahora, si pasamos á cierto territorio que hoy forma parte del de los Estados Unidos, encontraremos allí motivos de interés y lecciones de más elevado carácter en las maravillosas aventuras de «Cabeza de Vaca» y sus tres compañeros, con sus relaciones con diversas tribus indígenas durante una marcha de dos mil millas en el interior del Continente; á la vez que la incursión de Fray Marcos de Nizza en el país de los Zuñi, la afortunada expedición de Coronado y la desastrosa de Soto, completan todo un cuadro histórico, cuyo valor crece á nuestros ojos mientras más analizamos sus detalles.

De interés mucho más excepcional que lo que en otra parte cualquiera pueda encontrarse, es la conversión al Cristianismo de los indios semi-civilizados de México y Centro América, con su religión de la adoración de la serpiente, sus nauseabundos sacrificios humanos y sus bacanales de caníbales y cuya conversión fué la obra de los abnegados frailes franciscanos y dominicos Motolinía, Sahagun, Mendieta, Betanzos, Montesino y tantos otros cuyos nombres se han perdido ya. Entre las numerosas figuras reproducidas en el lienzo de la historia, culmina una cuyo nombre es en cierta medida el más grande en la del Continente occidental, y uno de los más esclarecidos en los anales de la Cristiandad, desde los tiempos de la Era apostólica, sublime figura de un hombre que hizo suyos los padecimientos de una raza oprimida que fué el primero y más valiente caudillo de la abolición de la moderna esclavitud, y en suma, el infatigable amigo y protector de los indios, el padre *Bartolomé de las Casas*. (*Aplausos*)

Tales son, señores, algunos de los rasgos de grandeza y de intensísimo interés que contiene la historia que ha sido escrita para el lector inglés, en páginas de imperdurable encanto, por *Irving*, *Prescott*, y *Helps*. Por mucho que esté difundido el conocimiento de esos hechos históricos, como he dicho hace un momento, el interés que inspiran es continuo, y dentro de poco tendrán que ser nuevamente narrados: y esto, por ningún modo, será de extrañarse. El lado peculiarmente romancesco de la conquista de España en Amé-

rica le corresponde como episodio del descubrimiento de un nuevo mundo: y parte de esa maravillosa historia es sin duda y desde luego, el hecho de que en busca de las mal conocidas playas del Asia, el grupo de aventureros europeos dieron inesperadamente con las de un nuevo continente, en que se veían árboles y plantas desconocidas hasta entonces, las mas extrañas aves y cuadrúpedos y formas primitivas de sociedades humanas, de las mas sorprendentes. En el conjunto del nuevo mundo había por demás tal exceso de novedad, que el espíritu del europeo, al contemplarlo, no podía dejar de sufrir mistificación, y si bien las narraciones de los conquistadores contenían fiel trasunto de los hechos, frecuentemente conducían á erróneas apreciaciones sobre ellos. Por ejemplo, cuando un capitán español llegaba á una fortaleza como la de "Pueblo" en Nuevo México, guarnecida con 500 hombres y un jefe, naturalmente la describía después como un castillo feudal de la propiedad de un opulento Señor, con sus 500 siervos; y como la sola clase de sociedad que hubiese él conocido hasta entonces era la feudal, no podía comprender lo que veía, sino bajo ese aspecto. Pero si establecemos que lo que el español veía, en realidad no era sino una fortaleza en que habitaba una tribu de 500 miembros, con su jefe electivo, y en una asociación en que jamás habia sido concebida la noción de un señorío, habremos dado una interpretación enteramente distinta del mismo caso. Resulta, pues, evidente que las narraciones españolas sobre la conquista necesitan volver á ser estudiadas, y con los ojos del análisis; por la sencilla razón de que en ellas se empleaba la nomenclatura feudal que era la única que conocieran, y con esto no hacían mas que difundir falsas nociones, cual por ejemplo la del título de "Emperador," discernido por los historiadores ingleses al cacique *Powhatan*. Así es como las descripciones de la antigua sociedad mexicana, que *Precott* y *Helps* presentan, adolecen de cierta apariencia de inverosimilitud, y á pesar del hecho de que se exponen como informes de testigos oculares, casi todos próbidos y escrupulosos en sus narraciones, no puede uno desprenderse de la aprehensión de que tal género de sociedad jamás pudo haber existido; y aun creo que esos mismos ilustres historiadores, no dejaban de participar de ella, al menos tal aparece por la sorpresa que expresan al referir ciertos hechos.

Parece pues que del estudio de la sociedad de "Pueblo," en la forma que aun subsiste en "Nuevo-México," ha surgido un nuevo sistema de interpretación de las narraciones españolas, y que por su medio, se adquieren nuevas nociones sobre la conquista de España y el antiguo México. Hanse pues abierto nuevos y fecundos campos para la investigación, de modo que algunos competentes autores han comenzado á explorarlos con redoblado entusiasmo.

En primer lugar, la actual sociedad de "Pueblo" requiere un estudio lo más completo y pronto que sea posible, antes de que sus condiciones primitivas desaparezcan al contacto con los hombres blancos: reclaman esa pronta investigación, practicada á la luz de un método comparativo, sus mitos, leyendas orales, tradiciones his-

tóricas, ceremonias religiosas, estructura del hogar, ritos matrimoniales y mortuarios, nociones legales sobre el crimen y su castigo, arquitectura, sistemas de gobierno, vestidos y ornamentos, hábitos domésticos y prácticas de cambio y comercio. En una palabra, hay á este respecto mucha obra por hacer, del género de las que tienen ya iniciadas Mr. Cushing en Zuñi y el Doctor Fewkes en Moqui.

En segundo lugar, toda la parte española del Continente, desde Nuevo-México hasta Chile, debe ser explorada respecto de sus restos arqueológicos; y sus estructuras antiguas, ya conocidas, en su mayor parte requieren una investigación más detallada. Necesitamos emprender muchos más trabajos del género de la expedición arqueológica de Mr. Bandelier en México: y hace poco tuve el gusto de saber que nuestro "Museo-Peabody" está haciendo sus arreglos para establecer un colegio arqueológico en Honduras, como centro de trabajos de exploración rural que deberán ser practicados por estudiantes competentes.

En tercer lugar, se necesita también efectuar la busca más activa de manuscritos y documentos de todas clases, literarios ó de carácter oficial, ya sean en idioma español ó en lenguas aborígenes. Los conquistadores, á causa del sentimiento de supersticioso terror que les inspiraba la vista de un geroglífico, al que daban una significación infernal, destruían los manuscritos de los indígenas, do quiera los encontrasen, y por tal motivo pocos han de quedar: y aun cuando muchos fueran los que se encontraran aún, habría también mucho que luchar para tener más éxito en la interpretación de sus geroglíficos, que el que hasta hoy hemos alcanzado. De vez en cuando todavía se suelen hallar documentos valiosísimos, olvidados en algún antiguo monasterio ó convento, y es indudable que mediante una diligente exploración muchos más han de ser encontrados. Por ejemplo, una leyenda Maya, escrita en caracteres romanos, no hace mucho, ha sido descubierta, y ha sido editada con su traducción al inglés por el Dr. Brinton. Su autenticidad es incuestionable: da una relación indígena contemporánea sobre la conquista española de Yucatán, y viene á resolver una cuestión muy vivamente debatida, probando que las destruidas ciudades de "Izamal" y "Chichen-Itza" estaban habitadas en ese tiempo, lo que implica que, de las ruinas de Yucatán, podrían derivarse un sin número de nociones fidedignas al respecto del México de los Moctezumas.

En cuarto lugar, las crónicas é informes oficiales escritos por los conquistadores y misioneros españoles, requieren también un estudio crítico, á la luz de los resultados recientemente obtenidos de las investigaciones etnológicas y anticuarias. Mr. Bandelier ha sido nuestro explorador avanzado en esta clase de trabajos, y lo que ya ha relizado en ellos, es realmente maravilloso. La sociedad aborígene en América parece ser un estudio que preservará siempre todo su interés y notoriedad, pero va perdiendo su carácter fantástico: comenzamos ya á comprenderla y saber darle su verdadera interpretación.

Al comenzar mi alocución dije que me proponía abrir paso á una ráfaga de antigüedad: y ahora si llegamos al estudio comparativo de las instituciones y creencias, y las diversas facetas del desarrollo social, encontramos que la América primitiva era un mundo muy antiguo. Su desarrollo social se efectuó independientemente de toda influencia de la Europa. Se sabe ahora de un modo positivo que los habitantes de la tierra se hallaban dispersos, tanto en el hemisferio occidental, como en el oriental del planeta, antes del período glacial; y no es propable que antes de Colón hubiera habido comunicación alguna entre ellos, si se exceptúa la momentánea y estéril visita de los escandinavos. Durante siglos sin cuento, esas dos vastas corrientes de vida humana estuvieron desarrollando sus caracteres peculiares en las dos mitades del planeta, permaneciendo desconocidas entre sí, é independientes la una de la otra. Empero en América, el volumen de esa corriente era mucho menor y su progreso considerablemente más lento, de tal modo que en la época de Colón en este Continente, existían facetas sociales que en el viejo mundo habían sido ya supeditadas y aun olvidadas, desde antes de los tiempos de Abraham y Agamenón.

Por consiguiente, el momento en que Cortés y sus soldados contemplaron por vez primera la *Ciudad de México*, puede ser considerado como el más romanesco episodio de la historia: pues era nada menos que un salto atrás al través de unos sesenta ó setenta siglos: aún mas atrás que la época de la infancia de Nínive ó de la Tébas de las cien puertas.

Era pues como el hallazgo imprevisto de un pueblo privilegiado, que había ya dado marcados pasos hacia la civilización, que en arquitectura y demás artes de ornamentación había realizado grandes progresos, que trabajaba ya tras la adquisición de un buen sistema de escritura geroglífica; pero que aún conservaba intacta su primitiva condición de tribu, comenzando apenas á trazar sus linages consanguíneos, su paso de la era de piedra á la del bronce, en sus herramientas y armas, no conociendo aún ni los caballos, ni ganados, ni carneros, cabras ó puercos, ni teniendo idea de la vida pastoral, ni de la propiedad de la tierra, y que en fin, practicaba todavía el canibalismo y hacía sacrificios humanos.

Debajo de ese primitivo grado de cultura, que representaban ya los Aztecas, se hallaba otro aun más primitivo, el que tipificaban los "Shawnees" y los "Mohawks." Uno de los triunfos de la moderna investigación es ciertamente el haber logrado demostrarnos que la primera de esas facetas fué el necesario desarrollo de la segunda: pero un paso más abajo nos lleva al salvajismo del Apache ó de los Bannocks, y de las tribus de las Islas del mar del Sud, ó en fin hasta los Australianos, en los cuales hallamos al hombre casi primitivo.

Ahora bien, uno de los puntos más interesantes en el descubrimiento y conquista de América por los españoles, es el hecho de habernos conducido al conocimiento de los varios pasos efectuados en el desarrollo de la humana raza, los que en otra parte alguna,

que no sea este Continente, tienen una tan ostensible ó exacta delineación. Del estado salvaje al estado de cultura del imperio de Moctezuma, vecino ya del que ocupaban los egipcios, hay en verdad una inmensa distancia que recorrer: vestigios de ese intervalo existen en abundancia en el viejo mundo; pero en ninguna parte, como en América y especialmente en la porción hispana de ella, puede ser estudiado en toda su extensión. Lo que aun tenemos que recoger de esas comarcas será indudablemente de muy gran valor para todo estudiante del progreso humano: y el mundo experimenta hoy cambios tan rápidos, que ya se hace indispensable que nos penetremos de la grande importancia y urgencia de tales investigaciones. Debemos felicitarnos de que aun subsistan algunas de esas curiosas antiguas sociedades, tan fecundas en instructivas lecciones, cuales son las de los Zuñi y los Moquis: y confiamos en que el Gobierno de los Estados Unidos jamás cometa un acto de irreflexivo vandalismo, interviniendo en contra del modo de ser de esos restos de sociedad antigua, en tanto que no sean ofensivos.

Termino Señores, por que no debo permitir que la ráfaga de antigüedad á que he dado paso en esta ocasión, se convierta en un vendabal, para cuyo acceso temo haber tenido ya mucho tiempo abierta la puerta. (Aplausos).

B. COMENTARIOS DE LA PRENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS

RESPECTO DEL BANQUETE DE MR. LOGAN.

Los periódicos de Nueva York del 17 de Diciembre de 1891 y días subsecuentes publicaron una relación del banquete de Mr. Logan de la noche anterior, en la cual insertaron extractos de los discursos pronunciados en esa ocasión, semejantes al de «Las Novedades» que se inserta en seguida. Los artículos que á continuación se consignan contienen los comentarios de la prensa de los Estados Unidos, que llegaron á mis manos sobre ese incidente.

Banquete dado en Nueva York el 16 de Diciembre de 1891

POR MR. WALTER S. LOGAN

«Las Novedades.» Nueva York, jueves 17 de Diciembre de 1891.

(Este artículo fué reproducido por el «Monitor Republicano» de México, de 8 de Enero de 1892.)

EN HONOR DE MÉXICO.—La hidalga y progresista nación mexicana cuenta cada día mayor número de entusiastas admiradores en los Estados Unidos, síntoma que observamos con satisfacción ine-

quívoca y que es prenda de creciente amistad entre las dos repúblicas colindantes y de un intercambio cada día más copioso, no sólo de afecto y simpatía, sino también de lo que une á los pueblos con lazos más duraderos ya que en la mutua conveniencia se cifran, de comercio.

Entre los norteamericanos que más y mejor quieren á México y á los pueblos hispanos en general, se cuenta Mr. Walter S. Logan, digno por todos conceptos de llevar tan ilustre apellido. Quiso éste dar claro testimonio de su aprecio á México y creyó, con acierto, que no podía verificarlo por modo más completo y adecuado, que eligiendo para ello la persona de su representante en esta república, el Excmo. Sr. D. Matías Romero, que en su larga historia diplomática tan poderosamente ha contribuido al estrechamiento de relaciones entre esta nación anglosajona y su vecina del Sud. Y en efecto, el Sr. Romero fué el huésped de honor en el banquete, suntuoso en extremo, que por iniciativa de Mr. Logan y para honrar á México, se verificó anoche en los salones del *Democratic Club*, Quinta Avenida, número 617.

Muchas distinguidas personas de este país se hallaban presentes al acto de anoche, que resultó brillantísimo. Citar todos los nombres nos llevaría muy lejos. Recordamos de momento haber visto sentados á la mesa, amén del huésped de honor y su anfitrión, el Cónsul general de México, D. Juan N. Navarro, los Honorables señores John Jay Knox, Hiram Barney, John Fiske, Herman L. James, Oscar S. Straus, Abram S. Hewitt, Noah Davis, Alfred R. Conklin, Horace Russell, Daniel Dougherty, etc., etc.; los señores coronel Daniel Lamont, secretario particular que ha sido del Presidente Cleveland, Jonh Stewart, Walter Edward, Antonio C. González, Dr. Agustín Flint, capitán Hugh R. Garden, George E. Sherry, etc., etc., etc., hasta el número de ciento cincuenta y tantos comensales.

El comedor estaba adornado con las banderas de México y los Estados Unidos, y la mesa dispuesta con arte exquisito.

Cintas de los colores mexicanos sujetaban las cartulinas en que estaba impreso el *menú*, que es como sigue:

Yaqui Bitters.

Oysters—Blue Point.

Chablis Montonni 1870.

SOUPS.

Cream of Partridge — Consommé Mexican.
Old Oloroso Sherry.

BELISHES.

Timbale á l'ecarlata.

Olives, Celery, Bedishes,
Lyon Saucison.